

bien tramada coalición de tronos y altares: «La unanimidad de noticias, informes, publicaciones, correspondencias, etc., resulta tan reveladora como sus propias Constituciones». Claro está, y el tema es de particular interés para España, que existe una clara disociación entre lo que Clemente XII y Benedicto XIV entienden por masonería y la auténtica masonería del siglo XVIII; es decir, en su versión de la Gran Logia de Londres. Pero es que algunos sectores se alejan de esa obediencia inglesa, de las Constituciones iniciales —franceses, alemanes; entre los españoles no se puede decir que arraigase en esta época—, derivando a grupos y bandos excéntricos con intrépidos aventureros, lo que —todo hay que decir— habrá de aparecer en la España del XIX, aunque Ferrer se ciña al tiempo estipulado y no lo adelanta. Será la época en que al sentimentalismo y la filantropía, se una el gusto por lo misterioso, la mística de la Razón, la proliferación de obediencias, de grados, de ritos y ceremonias. Pero esa, que esperamos prosiga pronto este superespecialista, es ya otra Historia... ■ **ELOY FERNANDEZ CLEMENTE.**

UNA SEMANA DE OCTUBRE DE 1931

Conocida es la labor desarrollada por **Víctor Manuel Arbelo**, que creo digna de mayor difusión dentro de la historiografía española. Especializado en temas históricos sobre socialismo, movimiento obrero, anticlericalismo, etc., está publicando junto con Miguel Batllori la voluminosa serie titulada **Archivo Vidal y Barraquer: Iglesia y Estado durante la II República**.

El objetivo central de la obra que comentamos (1) es estudiar los avatares de la primera semana de octubre en las Cortes Constituyentes, en los periódicos, en la calle misma. A semejanza de otro período conocido, el autor resume en **La Semana Trágica de la Iglesia en España (1931)** varios siglos de clericalismo y anticlericalismo en nuestro país.

Para estudiar el problema eclesiástico, «el problema más íntimo, más profundo que hay en la vida española» (en palabras del entonces ministro de Justicia, Fernando de los Ríos), ha contado Arbelo con el abundante material del **Archivo Vidal y Barraquer**, sobre el que ha trabajado en tarea tan meritoria como escasamente difundida. Resulta ciertamente lamentable que empresas de este tipo permanezcan en la sombra cuando sirven para despejar interrogantes hasta hace poco existentes y también para situar el problema en su más amplio contexto.

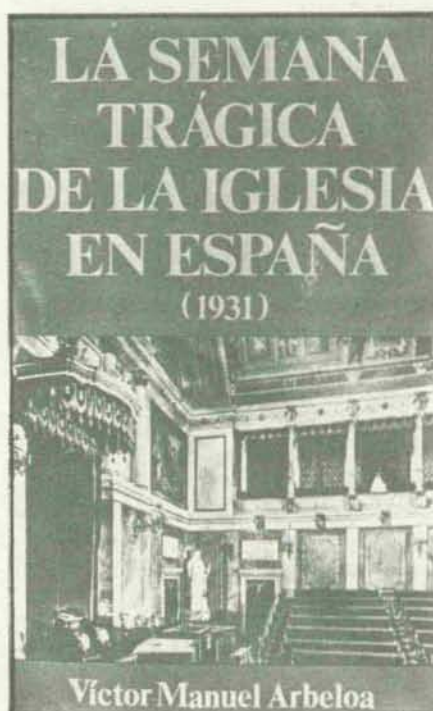
Dentro de esta línea de rigurosidad histórica, como diría Ortega, hay que situar el amplio trabajo hemerográfico que emana de cualquier página de este libro. **El Diario de Sesiones**, consulta indispensable, se ha visto —por ejemplo— cribado por la paciente labor del autor. El **Archivo Vidal y Barraquer**, la **Prensa** y el **Diario de Sesiones**, han sido los tres pilares básicos que permiten a Arbelo realizar tan minucioso examen del problema eclesiástico. A modo de relato o novela histórica —inevitablemente pesado y monótono en algunos pasajes—, encontramos el reflejo fiel de las posturas de los partidos a través de las opiniones de sus diputados y de los ríos de tinta vertidos en los periódicos, cualesquiera que fuere su posición ideológica.

El enraizamiento de la Iglesia en España era demasiado grande como para

intentar arrancarla de cuajo a través de disposiciones legales. Ir contra la Iglesia en España, era para muchos en aquellas fechas, como ir contra la misma Historia patria. La Iglesia —tapadera o cómplice, para unos, de la oligarquía rural y el capitalismo burgués; portadora de los valores tradicionales y salvíficos, para otros— significaba punto de referencia obligado a la hora de integrarse en una u otra España. Lo concerniente a aquella afectaba a todos. Hasta tal punto que el rumbo de la República, de entendimiento inicial con la Iglesia, se torció tras los enfrentamientos con ella, primero en la calle —quema de conventos en mayo de 1931— y luego en las Cortes —discusión de los Artículos 3 y 26, especialmente.

Las raíces del problema se pierden en el túnel del tiempo. Pero su solución pudo materializarse si, reiterada y machaconamente, no se hubieran mantenido posturas tan radicales por ambos bandos. La realidad era muy otra: problema insoluble en siglos anteriores, debía ser resuelto aquí y ahora; no admitía esperas, ni demoras. Y menos concesiones. En esto, como en lo político y social, estaba España en atraso respecto a Europa. Llegamos al siglo XX, dice Claudio Sánchez-Albornoz, sin haber padecido y gozado las tres revoluciones que habían hecho la cultura occidental. Pero, inmersos en ella —muy a pesar de algunos—, no podíamos sustraernos al triple proceso revolucionario. La gravedad del problema se encuentra precisamente en que mientras las otras comunidades históricas lo habían padecido diacrónicamente, nosotros tuvimos que sufrirlo sincrónicamente. Convergiéron así las revoluciones religiosa, política y social, que fatalmente desembocaron en la guerra civil. Lo que Europa había tardado tres siglos, España quiso —era inevitable por la propia dinámica histórica— hacerlo en cinco años.

Hoy, soplando vientos democráticos nuevos, contemplamos de nuevo cómo el problema no ha sido superado. Tras este paréntesis histórico (cuarenta años de imbricación íntima Iglesia-Estado), el desenlace está por ver. Afortunadamente, los radicalismos no existen, las mentalidades son distintas y la Iglesia parece que se ha situado donde siempre debió estar: con el oprimido, con el perseguido, con el desheredado. Limadas las asperezas, pienso que el pro-



(1) Víctor Manuel Arbelo: *La Semana Trágica de la Iglesia en España (1931)*. Galba Edicions. Barcelona, 1976. 361 págs.

blema es soluble, como lentamente va realizándose. Esperemos que el ritmo impuesto no se quede tan corto que dé lugar a una involución en este campo. De hacerse bien las cosas, el problema religioso habrá dejado de ser «el más íntimo y profundo que hay en la vida española».

■ JUAN MANUEL DE LA TORRE ACOSTA

LA AUTONOMIA, SEGUN EL CARLISMO

Ahora que el carlismo ha superado gran parte de sus contradicciones y ha trazado sus líneas doctrinales con una estimable fidelidad respecto a su auténtica tradición y la realidad actual, la obra de Evarist Olcina «**Carlisme i Autonomia al País Valencià**» (1) constituye una profunda reflexión sobre ese «último y único intento autonómico efectivo del País Valenciano» que fue la Diputación Autónoma creada por los carlistas.

La aportación de Olcina —estudioso, especialista y entusiasta del carlismo— supone una revisión de la doctrina carlista a partir del análisis de esta «experiencia» autonómica desde dos perspectivas. La primera, la significación de la Diputación dentro del proyecto de recuperación de la personalidad política de los valencianos; y, la segunda, elaborada desde la óptica carlista; es decir, la estrictamente «partidista».

El análisis se abre con unas consideraciones generales sobre el federalismo carlista para, con esta base, poder trazar ampliamente la trayectoria ideológica de los carlistas valencianos. Trayectoria que, en más de una ocasión, es tan sólo un reflejo de los pasos dados por vascos y catalanes.

Olcina rechaza la interpretación que explica el nacimiento, permanencia y virulencia del carlismo valenciano en base a su función de defensor a ultranza y principal del reaccionarismo clerical del país, alejándolo de cualquier motivación política o social. Y ello, pese a aceptar que el antecedente realista —asimismo recha-

zado en términos absolutos por el autor— en el País Valenciano es absolutamente determinante al no existir el motor ideológico de la reivindicación foral.

Desde 1840 a 1868, el carlismo de este país actuó a empujones de motivaciones circunstanciales, controladas y promovidas en buena parte por el bajo clero, pero sin planteamientos homogéneos. A partir de esta última fecha, la situación del partido —debido a la intoxicación clerical derivada de la desamortización y a la infiltración moderada y católica originada por la revolución de 1868— cambiaría radicalmente.

La incorporación masiva del proletariado en la primera hora del partido (gracias a la cual, «el carlismo ha sido uno de los dos únicos movimientos —el otro sería el anarquismo— auténticamente populares que han existido en gran parte de las tierras valencianas»), va a verse neutralizada, primero, y manipulada después.

Ya en 1872, el control ideológico y la utilización del carlismo en provecho de la más absoluta reacción, así como la desviación del partido de sus fines fundamentales y el truncamiento de su evolución popular, eran ya un hecho consumado. El partido es, en este año, la «Comunión Católico-Monárquica». Las instintivas y rudimentarias reivindicaciones sociales de los braceros agrícolas eran sistemática y conscientemente esquivadas por los «infiltrados», cuando no sustituidas por inquietudes estrictamente confesionales. La vieja consigna de «Dios, Patria y Rey», que catalizó los sentimientos no conformistas de aquel «proletariado», se vacía de su contenido popular para rellenarse con el «ultramontanismo» confesional y político, protagonizado por la Iglesia y la alta burguesía ciudadana. La rápida potenciación del partido constituiría un importante elemento de presión contra la política anticlerical y revolucionaria que, en Valencia, sería hábilmente utilizada por el obispo Barrio y Fernández. Por ello, «más que en ninguna otra parte —escribe Evarist Olcina—, el escenario de la guerra carlista en Valencia parece más que un conflicto civil la continuación de las Cruzadas».

Pero no sería hasta 1874 cuando el federalismo carlista deje de ser un planteamiento programático para convertirse en una realidad incon-

trovertible. Es el año en que el Infante Alfonso queda nombrado general en jefe del Ejército del Centro, que englobaba militarmente a las fuerzas que actuaban en el País Valenciano.

De los delirios ordenancistas y del espíritu organizador del Infante, nace el 20 de agosto, y como único fruto de su intento, la Diputación del Maestrazgo, antecedente de la Real Diputación del Reino de Valencia. La intención del mando carlista al crear el organismo era clara: dotar al país de un instrumento administrativo como vía de autogobierno dentro del marco general de un sistema federativo para toda España, que

EVARIST OLCINA



CARLISME I AUTONOMIA AL PAÍS VALENCIA

presidiría la monarquía de Carlos VII. Sin embargo, la creación de una Diputación del «Maestrazgo» no hace sino reflejar el origen que —como organismo auxiliar del Ejército— tuvo en principio dicha Diputación, y su realidad como simple apéndice del cuerpo de Intendencia del Ejército del Centro.

La llegada de Dorregaray para ocupar el cargo que el Infante había abandonado potencia la creación de la Real Diputación del Reino de Valencia. Esta surge como tal en enero de 1875 y se extingue, junto con la insurrección carlista, en julio de ese mismo año. Rodeada de las circunstancias especiales de la guerra, la Diputación de Valencia, en su efímera, accidentada y penosa existencia de seis meses, organizó la Hacienda y las comunicaciones, se ocupó de la

(1) Evarist Olcina: «**Carlisme i Autonomia al País Valencià**». Serie «La Unitat», número 25. Editorial Tres i Quatre. Valencia, 1976.